

visajes é insolentes ademanes, que por el decoro de la cristiandad decidimos marcharnos, aun cuando con ello debiéramos privar al bello sexo metropolitano, del espectáculo que le ofrecíamos con nuestra maravillosa presencia.

* *

Ayer comimos en casa del gran visir Taib-ben-Jamani, apellidado el Boascerin, que, según unos, significa vencedor en el juego de la pelota, y, según otros, padre de veinte hijos. Sea de esto lo que fuere, lo de gran visir es sólo un título, debido á haber su padre desempeñado semejante cargo en el reinado del Sultán anterior.

El enviado portador de la invitación fué recibido por el embajador en nuestra presencia.

—El gran visir Taib-ben-Jamani-Boascerin, —dijo con gran prosopopeya,— ruega al embajador de Italia y á su acompañamiento que hoy se dignen comer en su casa.

El embajador dió las gracias.

—El gran visir Taib-ben-Jamani-Boascerin, —continuó con idéntica gravedad,— suplica, además, al embajador y á su acompañamiento, que se dignen traerse los tenedores y cuchillos, y además á sus criados para que les sirvan á la mesa.

Al caer el día, vestidos de frac y corbata blanca, y acompañados de la acostumbrada escolta, nos dirigimos á caballo á la morada del anfitrión, —sin que pueda recordar hacia qué punto de la ciudad se hallaba situada, tantas son las vueltas y revueltas que dimos, y las cuestas que subimos y bajamos á lo largo de callejuelas asquerosas, sucias y siniestras,—atentos á refrenar las caballerías que á cada paso resbalaban, y á

agacharnos para no estrellarnos la cabeza contra los arcos y las bóvedas de aquellas galerías no menos húmedas que interminables.

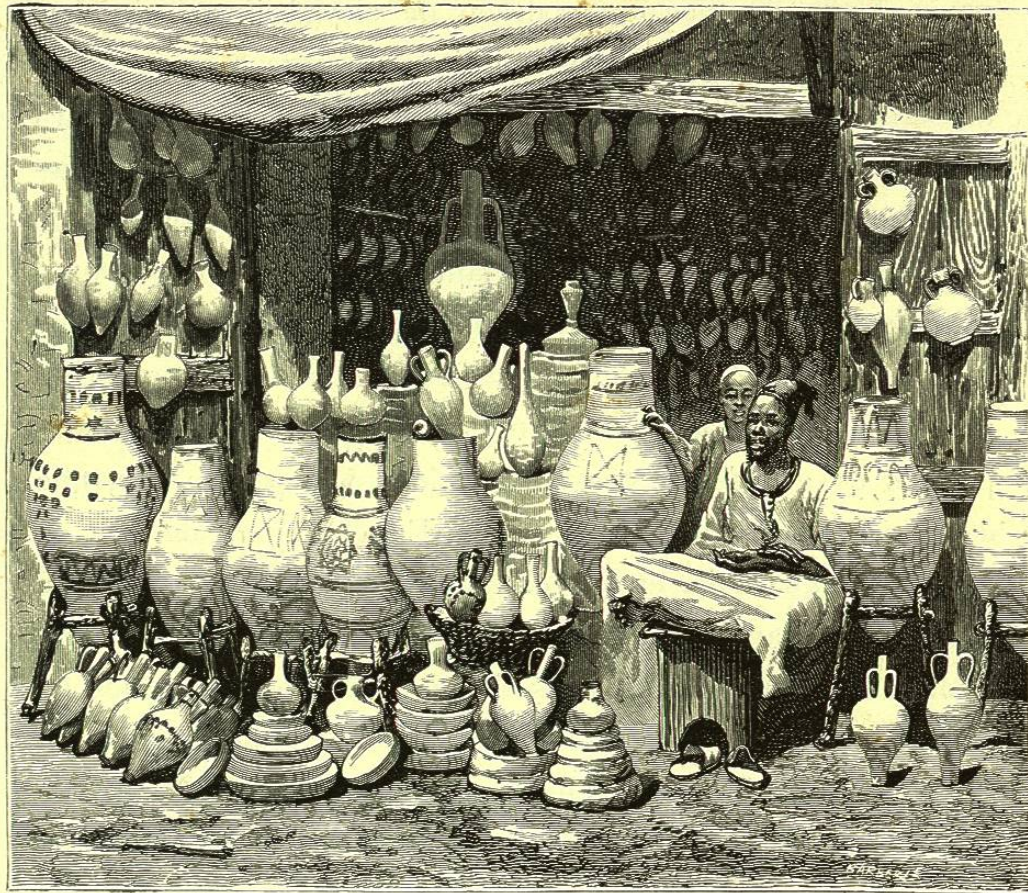
Por fin nos apeamos en un vestíbulo oscuro, y penetramos en un vasto patio rectangular, cuyo suelo se hallaba pavimentado de mosaico, rodeado de elevadísimas columnas blancas, en las cuales apeaban diminutos arcos cuajados de arabescos de estuco pintados de verde: una bizarra muestra de arquitectura morisco-babilónica, que nos produjo agradable impresión. En el centro del patio, de siete conchas de mármol blanco, brotaban otros tantos surtidores, que producían un rumor semejante al de una lluvia copiosa. Alrededor se veía gran número de puertecillas entornadas y ajimeces pareados. En el centro de los dos lados menores, sendas puertas de grandes dimensiones abiertas de par en par, que daban acceso á dos grandes salas. En el umbral de una de éstas nos aguardaba en pie el gran visir: detrás de él veíase á dos moros ancianos, parientes suyos, y á ambos lados un numeroso séquito de esclavos de ambos sexos dispuestos en línea.

Cambiados los saludos de costumbre, sentóse el gran visir sobre un cojín que corría á lo largo de la pared, cruzó las piernas, cogió un almohadón cilíndrico, que con ambas manos apretóse contra el vientre,—siendo éste su ademán habitual,— y así permaneció toda la velada.

Su edad, como de cuarenta y cinco años: su porte, robusto: su aspecto, agradable; pero no simpático, merced á cierto brillo especial que sus ojos despedían. El turbante y el caftán que vestía eran blancos. Hablaba con mucha vivacidad, y celebraba con sonoras risotadas las palabras propias y ajenas echando hacia atrás la cabeza, y permaneciendo con la

boca desmesuradamente abierta buen espacio después de haber acabado de reirse.

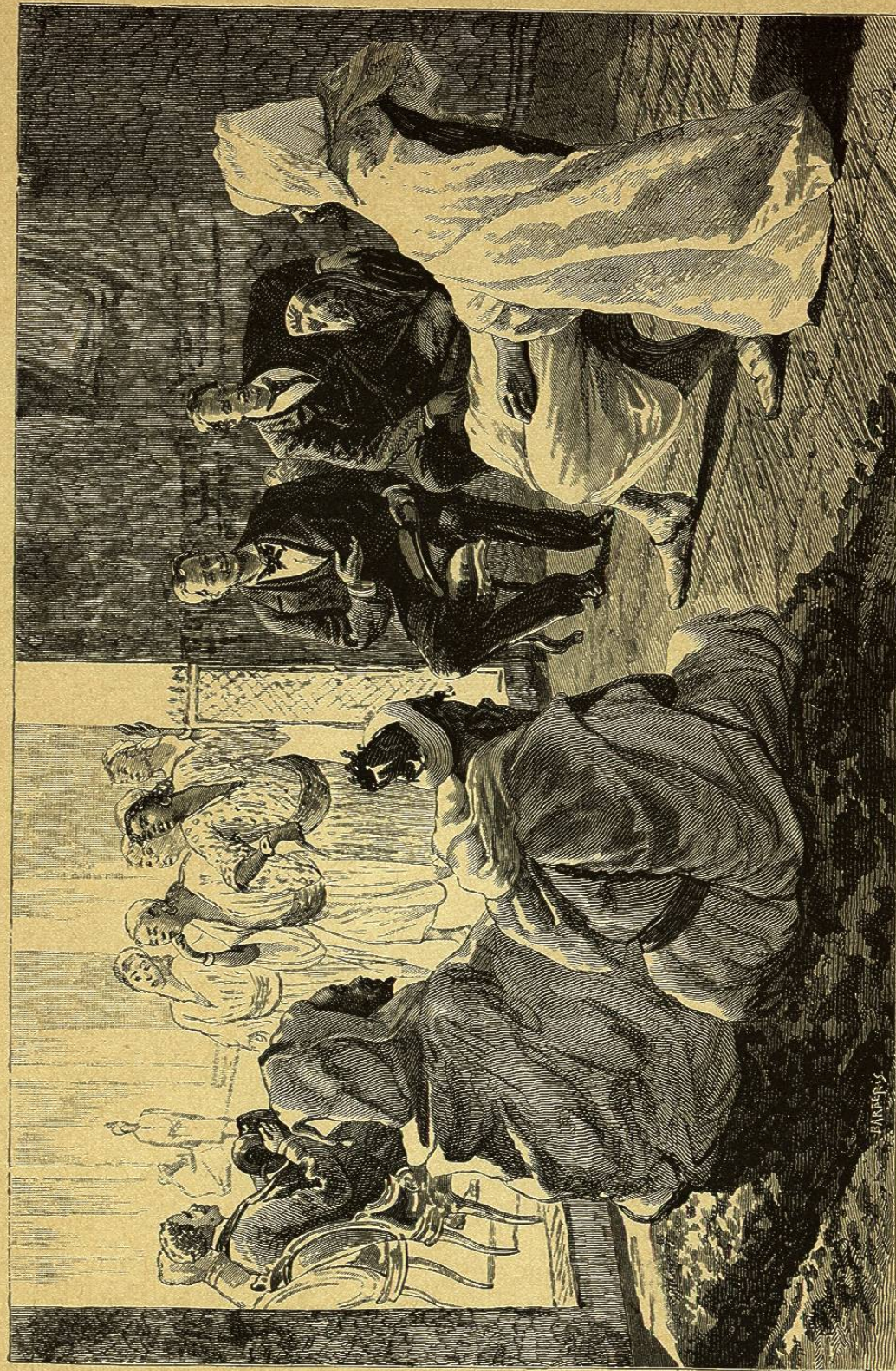
Adornaban las paredes varios cuadritos, que en caracteres de oro sobre fondo azul, contenían máximas y sentencias del



Cacharrería árabe

Corán: en el centro de la sala veíase dispuesta una mesa como de mesón con algunas sillas rústicas, y en derredor cojines blancos, encima de los cuales arrojamos nuestros sombreros.

Sidi-ben-Jamani entabló con el embajador una animada conversación. Preguntóle si estaba casado; por qué no se casaba;



Recepción que nos hizo el Gran Visir

añadiendo que si hubiese estado casado, habría tenido á mucha honra el que se hubiese dignado llevar á su esposa á la comida; que el embajador inglés había llevado á su hija, la cual se había divertido mucho; que todos los embajadores deberían haberse casado, siquiera para que sus mujeres les acompañaran á Fez para ver la ciudad y para ir á comer en su casa, con otras razones del propio jaez que acompañaba con grandes carcajadas.

En tanto que el gran visir hablaba, los pintores y yo, sentados junto á la puerta, estábamos contemplando á hurtadillas á las esclavas, que animadas por nuestro ademán de bondadosa curiosidad, fueron aproximándose paulatinamente hasta casi tocarnos, sin ser vistas del gran visir, permaneciendo en el mismo sitio contemplándonos, y haciéndose contemplar con cierta complacencia. Eran ocho arrogantisimas muchachas de quince á veinte años, mulatas unas, otras negras, con grandes ojos, dilatadas narices, seno turgente, vestidas de blanco, con un riquísimo y largo ceñidor que estrechaba su talle, los brazos y los pies desnudos, con manillas y ajorcas y grandes aretes de plata en las orejas. Según imaginamos, no habrían tenido escrúpulo en dejarse pellizcar las mejillas por dedos cristianos. Ussi indicó á Biseo el pie bellissimo de una de ellas: la aludida lo notó, y comenzó á contemplar su pie con gran curiosidad: las demás la imitaron, comparando á los de ésta sus respectivos pies. Ussi soltó el clac, todas retrocedieron, y sonriendo agradablemente volvieron á acercarse. Una orden del gran visir, encaminada á poner la mesa, fué causa de que se alejaran.

Aparejaronla nuestros soldados. Un criado de la casa colocó en ella tres antorchas de cera virgen de diferentes colores. La vajilla era del gran visir, pero en cuanto á los

platos que la constitúan, los había de todos modelos, formas y condiciones; grandes y pequeños, blancos y de color, finísimos y bastos hasta el último extremo. La mantelería era también propiedad de la casa, y consistía en pedazos de tejido de algodón de diversos tamaños, sin orillo, cortados aprisa y corriendo momentos antes de nuestra llegada.

Nos sentamos á la mesa ya de noche. El gran visir continuó sentado en su cojín, con el almohadón entre los brazos, riendo con sus dos parientes.

No describiré la comida: no quiero evocar recuerdos dolorosos. Bastará decir, que nos fueron servidos treinta platos, es decir, treinta sinsabores de bulto, sin contar los enojos menos importantes de los postres.

Al llegar al décimoquinto, convencidos de que sin el auxilio de un poco de vino no tendríamos fuerzas suficientes para continuar la lucha, el embajador encargó á Morteo que hiciera preguntar al gran visir si tendría inconveniente en que enviáramos á buscar alguna botella de Champagne.

Morteo se lo dijo en secreto á Selam, y éste hizo lo propio aproximándose á Su Excelencia.

Su Excelencia contestó detenidamente en voz baja, y entre tanto á hurtadillas espiábamos ansiosamente su rostro, que desgraciadamente no ofrecía perjeño para que pudiéramos abrigar grandes esperanzas.

Levantóse Selam un tanto embarazado, y confió la contestación al intendente, que nos dió el golpe de gracia con las siguientes palabras:

—El gran visir dice que por su parte no habría dificultad... antes al contrario, tendría mucho gusto en complacernos... pero que da la casualidad de que existe un inconveniente... y es que se mancharían las copas... y tal vez la

mesa... y que además de esto la vista... el olfato... y además lo nuevo de la cosa...

—Enterado, —dijo el embajador, —no se hable más del asunto.

Excusado es decir que nuestros rostros tomaron un tinte verdoso.

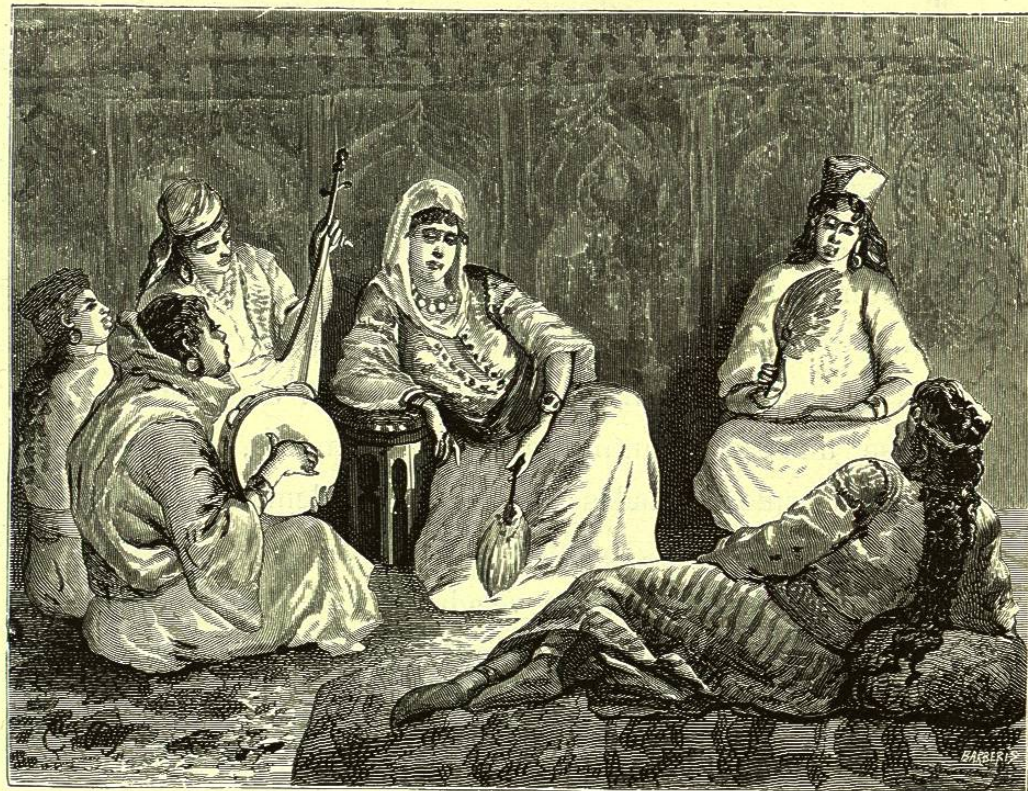
Terminada la comida, el embajador permaneció hablando con el gran visir, y nosotros salimos de la sala. La noche estaba completamente oscura y lloviznaba. En la habitación situada en el lado opuesto, iluminada por una antorcha, comían, sentados sobre el duro suelo, nuestro cadí, sus oficiales y los secretarios del gran visir. En todos los ajimeces del patio, iluminados interiormente, veíanse asomadas cabezas de mujeres y de niños, de las cuales sólo podían distinguirse negros contornos. Al través de una puerta entornada, distinguíase una sala iluminada espléndidamente, en la cual, formando círculo, sentadas ó echadas en ademán voluptuoso, veíanse las mujeres y concubinas del gran visir, ostentando joyas riquísimas, ligeramente veladas por el humo que escapaba de los pebeteros que ardían á sus pies. Iban y venían de la cocina á la sala-comedor, criados y esclavas que atravesaban el patio, introducíanse por no sé qué puerta, subían y bajaban, y lo más singular de todo esto es, que con ser lo menos cincuenta personas las que estaban en movimiento, no se oía ni una palabra, ni un paso, ni el ruido más insignificante. Era una escena muda y misteriosa, que tenía algo de espectáculo fantasmagórico, ante la cual permanecimos durante largo rato atónitos y sin desplegar los labios, ocultos en la sombra.

Al marcharnos, distinguimos pendiente de una de las columnas del patio una recia correa de cuero con varios

nudos. El intérprete preguntó á uno de los criados de la casa para qué servía.

—Para azotarnos, — contestó éste.

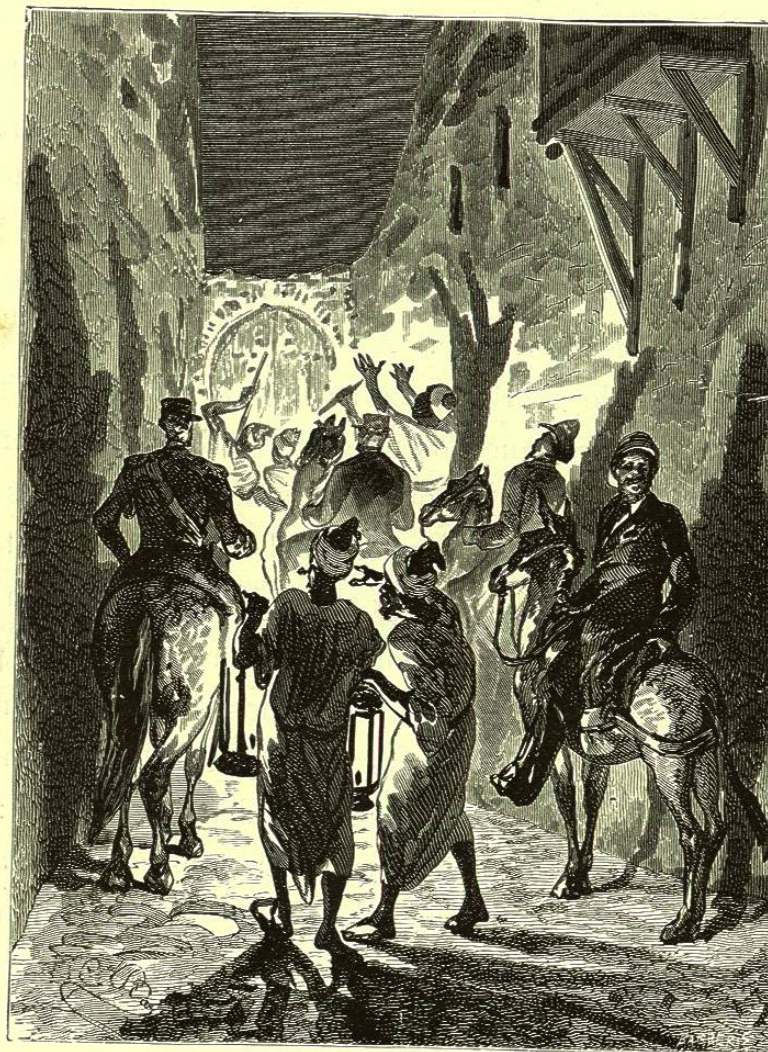
Montamos á caballo, y emprendimos la vuelta á casa acompañados de un ejército de criados del gran visir, cada uno de los cuales llevaba una gran linterna. La oscuridad



Las mujeres del gran visir

era completa y la lluvia más espesa. Es imposible formarse idea sin verlo, del efecto que producía aquella numerosa cabalgata, aquellas luces, aquella turbamulta armada y cubierta con sus capuces, aquel ruido producido por el pisar de las caballerías y por la salvaje gritería de la gente de á pie, aquel laberinto de calles estrechas y pasadizos cubiertos en medio del profundo silencio de la ciudad dormida. Semejaba

una procesión fúnebre á lo largo de las sinuosidades de inmensa gruta, ó una encamisada de soldados avanzando por las galerías subterráneas de una fortaleza, con objeto de dar



De regreso de la casa del gran visir

un golpe de mano. De repente se detuvo el convoy: á los rumores sucedió un silencio sepulcral y se oyó una voz que con enojo dijo en árabe:

—Está cerrada la calle.

Al cabo de un rato oyóse un gran estrépito de golpes.